

El álbum del mundial

Salvador Martínez Rebollar

Universidad Autónoma del Estado de Morelos

salvador.1995.go@gmail.com

De regreso, mi papá se detuvo en el OXXO, se lo pedí desde que íbamos para el campo. Una Coca para él, unos cigarros para su amigo, y, como traía unos veinte pesos, cuatro sobres de estampitas del mundial de Alemania 2006 para mí. Coleccionar cromos era tan imperativo como coleccionar todo lo demás que sacaban las marcas de comida chatarra, pero ese álbum se convirtió en algo especial.

En el primer sobre me salió el alemán Patrick Owomoyela. Me puse contento, no sabía quién era, pero sabía que Alemania era una buena selección, que ahí estaba Oliver Kahn y por eso era buen equipo; ya quería ponerla en el álbum, pero el carro se movía mucho y no me gustaba pegar chueco. Mi papá hablaba con su amigo del partido de hoy, veníamos de un juego de la liga local, no me acuerdo si ganamos o perdimos, (mi papá dirigía el equipo, yo, con diez años, todavía no podía entrar a la cancha). Le mostré con felicidad la estampa del jugador alemán, no le puso mucha atención pues venía manejando, pero le dijo a su amigo:

—¿Te imaginas cómo se hubiera puesto Hitler si ve que hay negros con la playera de Alemania? Na'mbre.

No entendí muy bien el comentario, pero no reaccionó al hecho de tener a un jugador de una selección fuerte, igual y tampoco lo conocía o era banca.

Para cuando dejamos al amigo cerca de su casa todos los sobres estaban abiertos. Barajaba mis estampas, cuando me topé con una peculiar de la selección de Angola, país que de hecho conocí gracias al mundial. Esta era horizontal, y no tenía uno,

sino dos jugadores. Se la enseñé a mi papá, quien primero movió la cabeza negativamente, algo molesto.

—Son unos cabrones, qué falta de respeto.

De nuevo no entendí el comentario, ni el porqué del insulto.

—Igual y era para ahorrarse espacio— dije.

Volvió a mover la cabeza.

Mucho tiempo después me acordaría de esa escena, cuando un amigo dijo "Yo antes medía el nivel socioeconómico de un país dependiendo de si clasificaba al mundial o no. La neta ¿Qué es un Antigua y Barbuda? Si México no los goleara en las eliminatorias no los conocíamos.

No se espera nada de Angola, y menos de Antigua y Barbuda, no sé si lo mismo aplicaba para mí. Mi papá y su hermano eran dos defensas que daban miedo, a veces los árbitros los amonestaban antes de empezar el partido para que no entraran tan intenso, pero igual lo hacían, a mí no me tocó ver eso. Yo no sé si era bueno, pero de que no era el mejor ni del salón, no lo era; quizá ellos eran Italia, Brasil o Francia y yo Angola, no sé esperaba mucho de mí en el campo. Irónica y decepcionantemente, México empataría contra Angola en ese mundial.

A ratos me decía que podía dar más. En la calle sabía jugar, en los campos no tanto. Siempre fui portero, pero la portería es difícil, solo juega uno y siempre es el mismo, por lo que a los trece años empecé de extremo en un amistoso jugando más o menos bien. Mi recibimiento real en el fútbol amateur fue un balonazo directo a mi cara porque el que me metió falta no le pareció que un puberto que medio juega se lo hubiese burlado. Cuando me echaron agua para quitarme lo mareado, recordé lo que dijo mi papá cuando yo aún no nacía. "Va a hacer que ganemos la copa del mundo, vas a ver". Por eso el álbum me gustaba tanto, a veces podía imaginar mi cara en una estampa,

quizá a lado de Rafa Márquez, y a mi papá feliz cuando la encontrara en un sobre, igual y con otro jugador que quizá, históricamente, no debía estar ahí.

Uno se da cuenta de la realidad de fútbol poco a poco. Debí saberlo desde que elegí a Cruz Azul como mi equipo, que le ganó la final al León para después verlo descender, ascender y ser bicampeón de liga antes de que mi Azul pudiese volver a tocar un trofeo local, o que estuvo tan, tan cerca de hacérsela a Boca en la Libertadores. Mis compañeros que antes eran Italia, Brasil o Francia terminaron en el mismo lugar que Angola, estudiando para buscar un trabajo del que no te retiras a los treintaitantos. El fútbol afuera se disfrutaba, adentro se pierde toda la diversión. Se vuelve tan serio que jugar mal es sinónimo de ser un muerto, te juzgan por cómo te mueves y no por cuánto te esmeres. Poco a poco sabes que el talento pesa mucho y, aún así, no es lo único; que lo más cercano al profesionalismo que estuviste fue un rumor de un visor del Atlas al que le gustaba cómo parabas en la escuela de fútbol, para que te sentarán al año siguiente porque ya no estás en la 95-96, sino en la 94-95.

El fútbol puede ser muy ingrato, a veces te esfuerzas para que tú selección califique a un mundial para que los de los álbumes decidan que compartes espacio con un compañero, o te intercambian junto con otra estampa o dos porque Ronaldinho o Pirlo evidentemente valían más que un jugador de la extinta Serbia y Montenegro, o eres Zidane a nada de llegar a penales cuando Materazzi te dice algo de tu madre y le das un cabezazo más certero que los tiros a gol en un estadio donde de miles de espectadores el único que te vio fue el asistente del árbitro; a veces metes el último gol del equipo de tu papá porque, después de 30 años, dejaron de apoyarlo, y van deambulando en cuadros, o cuando por fin recibes una oportunidad (que en mi caso no era seguido), atajas con todo, incluida la cara, porque la defensa está apática, sientes que mejoras, y para el siguiente partido se te pasa un balón fácil y por alcanzarlo se te disloca el hombro. Ese sería, quizá, el inicio de mi despedida, que cíclicamente se sellaba con el balón estrellándose en mi rostro, como al fútbol le gustaba manifestarse conmigo.

De 596 estampas, me faltaron 50, dejé de comprar sobres cuando de veinte coleccionables diecinueve eran repetidos. En retrospectiva fue un gran esfuerzo que no termina de cuajar, como tener que entrenar tanto para dejar de jugar por tu lesión, no la del hombro, sino de ruptura de ligamento cruzado que vendría dos años después. Me dije a mí mismo que ahorraría para completar el siguiente álbum, y que volvería a las canchas en cuanto me recuperara. No compré el álbum de Sudáfrica, ni el de Brasil, ni el de Rusia.

El álbum debe estar deshojado, junto con un baloncito blanco y negro, enterrado en una caja de juguetes que ya no abro, como mis esperanzas de ser futbolista.